



CONFERENCIA MUNDIAL SOBRE MISIÓN Y EVANGELIZACIÓN

VEN, ESPÍRITU SANTO, SANA Y RECONCILIA

Llamados en Cristo a ser comunidades de reconciliación y de sanación

Traducción del inglés
Servicio Lingüístico, CMI

Atenas (Grecia), 9-16 de mayo de 2005

PLEN 10 de mayo

No difundir antes de su presentación en la sesión plenaria

Documento No **1**

DISCURSO DE BIENVENIDA

De Mons. Christodoulos, Arzobispo de Atenas y de toda Grecia

1. En nombre de la Iglesia Ortodoxa de Grecia y al mismo tiempo en nombre de todo el pueblo de Atenas y de toda Grecia, con mucha alegría y con amor fraterno doy la bienvenida en Atenas a todos los participantes en la XIII Conferencia Mundial sobre Misión y Evangelización del CMI. En este tiempo pascual, casi diez días después de la celebración de la Santa Pascua y la resurrección de Cristo, permítanme saludarles a todos con la salutación antigua y existencial que constituye el núcleo de nuestra identidad y nuestro testimonio como cristianos: XPICTOC ANECTH, ¡Cristo ha resucitado!
2. Nuestra alegría es todavía mayor porque este acontecimiento ha reunido en el mismo lugar a hermanas y hermanos de todo el mundo y de una comunidad cristiana mucho más amplia que el CMI. Esta ciudad es Atenas, capital de Grecia, país especialmente privilegiado por el amor de Dios. Nuestro país ha tenido ciertamente el privilegio, por la gracia de nuestro Señor, de recibir el Evangelio en nuestra lengua materna. En efecto, todo el Nuevo Testamento, núcleo verdadero de nuestra Biblia, se escribió originalmente en griego. Nos sentimos agradecidos y muy honrados de que Atenas haya sido seleccionada para acoger a esta importante y oportuna conferencia. Nuestra Iglesia, que es históricamente resultado de la misión apostólica, está hasta nuestros mismos días muy profundamente entregada al testimonio y la evangelización, orientada al mismo aspecto subrayado por el Apóstol San Pablo en su discurso histórico a los atenienses en el Areópago (Hechos 17:23-31), es decir la Resurrección. Nuestra misión, la misión de la Iglesia Ortodoxa, la misión de difundir el Evangelio por todo el mundo, en el espíritu del cercano Pentecostés, empieza desde nuestra Divina Liturgia, la synaxis eucarística del pueblo de Dios, que es la Resurrección de nuestro Señor, el fundamento ontológico y existencial de nuestra esperanza que está en nosotros (I Pe 3:15), se reactiva doxológicamente domingo tras domingo y en cualquier otra ocasión, convirtiéndose así en nuestra tradición en la plataforma de lanzamiento para la misión hasta los confines del mundo habitado (*oekoumene*).
3. La Iglesia de Grecia ha respondido desde el primer momento, hace más de un año, tanto a la invitación como al reto que le presentó el CMI de actuar como anfitriona de esta conferencia sobre el tema “Ven Espíritu Santo, Sana y Reconcilia”. La decisión del Santo Sínodo de dar acogida a tan importante acontecimiento ecuménico, el primero que tiene lugar en un contexto ortodoxo, pese a nuestra amarga experiencia de actividades misioneras agresivas y acciones hostiles contra nuestro

pueblo (cruzadas, uniatismo, y más recientemente proselitismo activo), se basó en tres razones: a) en nuestra determinación de unir nuestras fuerzas a las de otros cristianos en el diálogo y el testimonio común, especialmente en nuestros días, cuando, de uno a otro extremo del mundo, la persona humana es torturada a nivel social y político, a causa de la urbanización y la globalización que anulan toda diferencia entre personalidades e invalidan el carácter singular de cada persona individual; b) en la evolución positiva dentro del CMI, evidenciada en las recomendaciones de la Comisión Especial; y c) en el entendimiento holístico de la misión, desarrollado en los últimos años en el CMI. Especialmente consideramos importante y providencial esta conferencia entre otras conferencias de este tipo sobre misión, a causa de su nueva orientación en el paradigma de la misión, que la hace resonar con la teología, la espiritualidad y las realidades contextuales de nuestras iglesias ortodoxas. Nosotros los ortodoxos no solo nos beneficiamos del encuentro y el diálogo ecuménicos sino que también planteamos retos a partir de nuestra larga experiencia histórica de misión y de nuestra teología de misión cuyos ecos se remontan al tiempo de las primeras comunidades cristianas.

Especialmente respecto a la Iglesia Ortodoxa de Grecia, quisiera recalcar que nuestra Iglesia, sin abandonar sus realizaciones tradicionales, se caracteriza por una tendencia claramente extrovertida a “abrirse” al mundo, en el marco del entendimiento mutuo y la cooperación con todo agente constructivo en beneficio del hombre, y por la necesidad de contactos directos y relaciones entre personas. Esta tendencia resulta del hecho de que nuestra Iglesia reconoce la importancia vital de los valores de amistad, respeto, libertad y amor a la persona misma, con independencia de las diferencias religiosas, culturales y sociales. En este contexto de Pentecostés, en que el Espíritu Santo desempeña un papel específico, la Iglesia de Grecia da la bienvenida a los miembros del CMI de diferentes países del mundo, recalcando la significación que da a la comunidad mundial de iglesias “que confiesan al Señor Jesucristo como Dios y Salvador según las escrituras... para gloria del único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.” Tras el éxito que supuso la organización aquí en Atenas de los Juegos Olímpicos, hace casi un año, la Iglesia de Grecia desea ofrecer la posibilidad a las iglesias miembros del CMI de un intercambio fecundo de experiencias misioneras.

4. Todos ustedes conocen bien las constantes quejas, preocupaciones e incluso objeciones de los ortodoxos respecto a varias cuestiones (desde procedimientos para tomar decisiones y formas de oración en común hasta eclesiología); pueden ustedes incluso haber presenciado u oído hablar de reacciones orales de un sector de nuestra comunidad ortodoxa contra nuestra decisión de dar acogida a esta reunión. Durante los últimos cuarenta años más o menos había razones, algunas justificadas y otras no, que hacían que la Iglesia de Grecia, pese a ser uno de los miembros fundadores del CMI, limitara su participación a lo más estrictamente necesario. Lo ocurrido recientemente con la “Comisión Especial sobre Participación de los Ortodoxos en el CMI” nos ha convencido de que está próxima a inaugurarse una nueva era en las relaciones entre el CMI y los ortodoxos. Agradecemos a los organizadores de esta conferencia el que por primera vez el programa de la Conferencia Mundial sobre Misión se haya compuesto teniendo en cuenta la sensibilidad de los ortodoxos.

5. Todo esto, así como nuestra determinación de dar testimonio de nuestra fe ortodoxa ante el mundo de manera visible, es de esperar que conduzca al reconocimiento de que la ortodoxia tiene un papel importante que desempeñar dentro del conjunto de la comunidad cristiana, confrontada con una hostilidad creciente contra nuestra fe. Nuestra Iglesia nunca se ha negado al diálogo; por el contrario, busca el diálogo en la línea de San Marco Eugenio de Éfeso, bastión de nuestra fe, que afirmaba que “cuando unos difieren de otros y no dialogan, la diferencia entre ellos parece mayor. Pero cuando entablan el diálogo y cada parte escucha atentamente lo que dice el otro, resulta que la diferencia es mucho menor.”

6. Permítanme que reflexione desde nuestra perspectiva ortodoxa sobre algunos aspectos muy importantes de nuestra conferencia. Ante todo me congratulo de su dimensión litúrgica, muy evidente

en el título o tema de la conferencia que está concebido en forma de oración, es decir como invocación al Espíritu Santo para que sane y reconcilie. En la post-modernidad la importancia de la liturgia, y de la experiencia en general, es un elemento significativo de nuestro testimonio cristiano, tan significativo como la proclamación del Evangelio. Casi todos los misioneros cristianos reconocen que la atención exclusiva a la proclamación verbal del Evangelio y la comprensión racional de la verdad menoscaban peligrosamente la recepción efectiva del Evangelio. Muchos nos recuerdan hoy que tenemos que abrir nuestras mentes al conocimiento: ciencia, desarrollo, finanzas, lucro. Sin embargo, esas mismas personas olvidan que estas cosas no son bastante para la esperanza de renacer. La esperanza solo se afirma cuando asumimos la Resurrección. La resurrección del Señor es la rendija a través de la cual vislumbramos la profundidad de nuestro horizonte escatológico. Nos pueden doler las calamidades históricas del pasado siglo, de las que fueron protagonistas algunos que se llamaron cristianos, pero no somos prisioneros del tiempo histórico, no lo hacemos absoluto, no adoramos los aspectos idolátricos de nosotros mismos, los de los conocimientos o la tecnología. Y no tratamos de resolver completamente cada problema “aquí y ahora”, no vivimos con la ilusión de que todo depende de nosotros. A la luz de la Resurrección ni el mundo ni el individuo están condenados a una libertad sin esperanza, que en el pasado siglo era ensalzada como empuje decisivo del humanismo liberador. En nuestra tradición ortodoxa lo que constituye la esencia de la Iglesia no es su misión en el sentido convencional, sino la Eucaristía, la Liturgia Divina; la misión es la meta-liturgia, la *Liturgia después de la Liturgia*. De ahí que la misión sea entendida no solo como “salir afuera”, como proclamación del Evangelio, sino también como testimonio *silencioso*. Pese a las privaciones y las dificultades en contextos opresivos y/o minoritarios, nuestra Iglesia mantuvo su fe y la transmitió no como ideología sino como forma de vida definida por los valores del Evangelio. Y la contribución de nuestra liturgia y de nuestros monjes a este respecto fue enorme.

7. Es la primera vez, en lo que alcanzan mis recuerdos, que una conferencia sobre misión adopta un talante y un lenguaje más humildes, renunciando a los acentos optimistas en exceso y a la programación misionera mesiánica de años anteriores; su tema no es una afirmación activista y programática, sino una oración, una petición a Dios para que sane, reconcilie, fortifique y haga de todo el pueblo de Dios testigos vivos del Señor Resucitado, y ejemplos poderosos de comunidades de reconciliación y sanación. Con esto, se reconoce que la misión es inherente a la Iglesia, a todo el pueblo de Dios, no solo a algunos ministerios especializados; se reconoce también que la responsabilidad misionera de todos los cristianos consiste en ser testigos vivos en palabras y hechos; y sobre todo se subraya que la conversión del pueblo no es responsabilidad ni está al alcance del misionero sino que incumbe a Dios (*missio dei*). Desde el comienzo mismo era Dios quien agregaba nuevas personas al número de las primitivas comunidades cristianas y no los propios Apóstoles (Hechos 2:47). Nosotros como colaboradores de Dios (*synergia*) oramos, testimoniamos y actuamos con humildad; pero Dios, a través de Cristo en el Espíritu Santo, opera la conversión.

8. Mi segundo comentario también ha sido extraído del eslogan de la conferencia. El hecho mismo de que el Espíritu Santo tome la iniciativa en la misión es una base teológica sólida de cualquier actividad misionera aceptable. No obstante, hacer hincapié en la pneumatología, al menos tal como aparece en la teología ortodoxa, no significa de ningún modo descentrar a Cristo, que es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14:6) y el único Salvador de la humanidad (Hechos 4:12). Para decirlo de un modo ligeramente distinto: una auténtica misiología cristiana no debe tratar de reemplazar un universalismo cristocéntrico, pese a todas sus deficiencias, con un universalismo centrado en el Espíritu. Por el contrario, una pneumatología condicionada por la cristología (y viceversa) ofrece una actividad misionera equilibrada, puesto que reubica tanto a la cristología como a la pneumatología dentro del tradicional marco trinitario. Este enfoque se desprende con claridad del título completo de nuestra conferencia, ya que el matiz pneumatológico del eslogan anteriormente mencionado se apoya perfectamente en el énfasis cristológico del propio título: “Llamados en Cristo a ser comunidades de reconciliación y de sanación”.

9. Esta afirmación me lleva a mi tercer punto: la misión como “ministerio de la reconciliación” (II Cor 5:18). Nos congratulamos de que el enfoque fundamental de esta conferencia sea la sanación y la reconciliación. En nuestra teología ortodoxa, que tiene ya varios siglos de antigüedad, el concepto de pecado siempre ha sido percibido como una ruptura y una alteración de la relación y un alejamiento del género humano respecto a Dios, respecto a los seres humanos entre sí y respecto a la totalidad de la creación; nunca o en muy escasas ocasiones, como una culpa legalista. Sobre esta base, la salvación se entiende como un proceso de sanación y reconciliación de la humanidad con Dios, con los semejantes y con la totalidad de la creación. Es un hecho que la sanación y la reconciliación se logran en Cristo, el Hijo de Dios, encarnado, crucificado y resucitado, y del que debemos apropiarnos todos nosotros en la Iglesia mediante el poder y la acción del Espíritu Santo. La salvación, como una sanación ontológica y una restauración de la humanidad y de la creación caídas, produce transformación, transfiguración, una renovación de las relaciones con Dios, fuente de vida y existencia, con los semejantes y con el cosmos, en general. Cristo ha muerto por nosotros, ha resucitado nuestra humanidad caída y la ha elevado a los cielos y la ha sentado a la derecha del Padre. Sin embargo, cada uno de nosotros debe apropiarse de un modo personal (pero en absoluto individualista) de lo que Cristo ha hecho por nosotros de una vez por todas (*ephapax*). Asimismo, cada uno de nosotros también está llamado a morir al “hombre viejo” a fin de ascender a un nuevo ser en Cristo. Dios en Cristo y en el poder del Espíritu Santo tiene la iniciativa, pero cada uno de nosotros tiene que responder a la llamada de Dios y participar sinérgicamente en trabajar en favor de su propia salvación y en favor de la llegada del Reino de Dios “como en el cielo, así también en la tierra” (Mt 6:10).

10. Por este motivo nuestra Iglesia Ortodoxa ha dado una dimensión sacramental a la sanación y a la reconciliación. La unción sagrada (*εὐχέλαιον*) es un servicio litúrgico comunitario, un *Sacramentum* que otorga los dones de la gracia divina y que renueva en cada persona la realidad escatológica de la integridad, la glorificación, el amor y la inmortalidad en Cristo. Como tal don espiritual, sana la vida humana y el dolor espiritual, y rehabilita la comunión y la comunicación de los creyentes con Dios. En realidad, la sanación y la reconciliación impregnan todos los servicios de culto de nuestra iglesia. No obstante, los sacramentos no son rituales mágicos. La enfermedad y la muerte, insoslayables ultrajes que asolan y condicionan la vida humana, no son formas de retribución divina, sino más bien una consecuencia de la alienación del mundo respecto a Dios y de su ruptura de relaciones con él. Cristo, que asumió nuestras debilidades y soportó nuestras enfermedades, ha liberado a la vida de sus quebrantos por medio de su resurrección. Al vencer al mundo, Cristo ha dado a la humanidad paz, alegría y el acceso a una vida imperecedera en el reino de los cielos.

11. Y ahora, me detendré en las consecuencias prácticas de la reflexión teológica que he esbozado más arriba a grandes líneas. Nuestra conferencia es importante y llega en buen momento, porque son muchos los desafíos a los que los cristianos deben hacer frente hoy en día. El mundo en el que vivimos ha dejado de ser, por muchos motivos, el mundo en el que nuestra Iglesia vivió en el pasado y elaboró su teología y su práctica de la misión. El creciente impacto de la globalización (que ha dejado de ser un fenómeno financiero para convertirse en uno cultural), la apertura de las fronteras nacionales y el aumento de los desplazamientos de población de un lugar a otro pone a nuestro testimonio cristiano en una situación totalmente distinta de la que tuvo en el pasado. Las sociedades que fueron tradicional e históricamente mono-religiosas están convirtiéndose en multi-religiosas, los cristianos fieles viven juntos con personas de otros credos, razas, tradiciones y lenguajes, comparten las alegrías y desdichas de la misma sociedad, contraen matrimonios mixtos o practican otros eventos sociales o familiares. Debemos esforzarnos en preservar nuestros valores cristianos tradicionales, nuestra identidad espiritual, nuestro credo, nuestra individualidad, pese al hecho de que no existe ninguna sociedad contemporánea de la que pueda decirse que es cristiana per se. Cada vez hay más personas de otras confesiones que viven con los cristianos y luchan contra los mismos desafíos del ateísmo, el agnosticismo y el

secularismo antirreligioso. En situaciones como éstas, hay la necesidad de articular nuevamente nuestra identidad cristiana y nuestra misión sin comprometer, claro está, nuestra fe. En contextos nuevos como estos, estamos llamados a ser signos de sanación y reconciliación. Las heridas históricas entre las iglesias, las naciones y las pequeñas comunidades, incluso entre familias, deben restañarse en un espíritu de humildad, tratando de sanarlas y reconciliar a las personas entre sí, al tiempo que miramos hacia el futuro. Esta labor es más urgente en la actualidad, después del 11 de septiembre, que lo que fue en el pasado.

12. Las repercusiones de la globalización, el terrorismo y la guerra contra el terror exigen que la Iglesia redescubra su voz profética. Cuando los pueblos se empobrecen cada vez más mientras que los ricos son cada vez más ricos, y cuando los economistas contemporáneos basan sus decisiones y medidas (tanto respecto a la guerra como respecto a la economía) en fundamentos “históricamente inevitables”, la Iglesia tiene que alzar su voz y ponerse del lado de la paz, de los pobres, los marginados y de los desvalidos. Debe testimoniar con fuerza los valores del Evangelio, reafirmar que nuestro Señor es el “príncipe de la paz”, y que la tierra y todo cuanto hay en ella pertenece a Dios. Tal como los Padres de la Iglesia declararon tan elocuentemente en su época, los recursos de la tierra han de ser compartidos entre todos. La paz sin justicia es una búsqueda quimérica.

13. En una época en la cual los estados seculares, molestos con los valores del Evangelio, tratan de arrinconar la fe y sus valores morales y sociales dentro de la esfera privada, la Iglesia está llamada a dar testimonio de los valores del Reino y no conformarse con aquello que complace a los políticos y a los empresarios de este mundo. El fin de la Iglesia no es seguir a los poderes que se oponen a la voluntad de Dios, sino dar testimonio de la fe, la fuerza y la verdad. Los cristianos, que también son ciudadanos de las sociedades modernas, no deberían dejar de dar testimonio del Evangelio y no deberían seguir callados ante la tendencia de algunos de los Estados modernos secularizados de tratar de imponer a sus propios ciudadanos normas y valores que les son ajenos. En casos como estos, al tiempo que busca la sanación y la reconciliación, la Iglesia debería posicionarse para adoptar una actitud contracultural, y atreverse a afirmar la voluntad de Dios ante “los gobernantes”, al igual que lo hicieron en el pasado tanto los profetas como los Padres de la Iglesia en su momento.

14. Por último, y no es lo menos importante, nuestra actitud misionera ha de apoyarse siempre y alimentarse en el amor. Cristo ha vencido al mundo, ha destruido las puertas del infierno con el amor perfecto, el amor que lo llevó a morir en la cruz. El amor es el arma secreta que suscita el remordimiento de los pecados del pasado, lleva a la curación de las memorias y a la reconciliación entre personas alejadas. “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” pregunta retóricamente el Apóstol San Pablo. “¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquél que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ro 8:35-39). La llave y el camino para la sanación y la reconciliación son la humildad y el amor a Dios y de los hombres entre sí.

15. En la cuna de la democracia, en la entrada principal a Europa, donde predicó el Apóstol San Pablo, en el país que creativamente afirmó la cultura de los antiguos griegos centrada en el respeto al ser humano, y recibió el Evangelio en la lengua materna de sus habitantes, nuestra Iglesia de Grecia tiene la gran alegría y el honor de darles la bienvenida a todos ustedes y de acoger la Conferencia sobre Misión Mundial y Evangelización del CMI. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo y el amor de Dios Padre, y la comunión “sanadora y reconciliadora” del Espíritu Santo estén con todos nosotros y nos den fuerza en nuestro camino común como testigos del Evangelio de manera auténticamente holística. De todo corazón les deseo éxito en su trabajo.